

## Calle Jofre

La calle Jofre se inicia en la Carretera de Gerona y termina en la calle Capmany, después de haber cruzado las de Surlis, Bohera y May. Tiene una longitud de 250 metros y una anchura de 6 metros, excepto al alcanzar la calle del May donde se estrecha extraordinariamente hasta el extremo de que con un solo pilón allí existente, queda imposibilitada totalments la circulación rodada. La cifra más alta de las casas de la calle es la n.º. 20.

El piso de la calle es de tierra apisonada estando la vía provista de aceras y es casi recta.

La calle Jofre es eminente fabril, pues están emplazadas en ella nada menos que 10 fábricas.

El último tramo de la calle está separado del resto por el cauce de la Riera de San Amancio, que se salva por un sencillo puente de madera de unos 7 metros de luz.

Cabe destacar la existencia en el edificio n.º. 18 de una lápida en azulejos de colores representando a San Antonio Abad, de muy buen gusto y rico colorido.

En la calle Jofre está enclavada una fuente pública que es utilizada por buen número de vecinos.

El nombre de la calle es en honra de la memoria del filántropo guixolense Jofre Paradés, quién instituyó un legado para dotar doncellas pobres de nuestra ciudad, que todavía sigue concediéndose.

Si bien la calle Jofre tiene un tránsito reducido, el ruido de las máquinas de las fábricas altera siempre la tranquilidad aparente de la vía.

**lupaxa**

SAN FELIU  
DE GUIXOLS  
12 JULIO 1956

Núm. 442

Año IX

# Amoosa

LA FAMA TAMBIEN TIENE NOMBRE DE MUJER

## M.<sup>a</sup> Francisca Caballer

No decimos nada nuevo al afirmar que M.<sup>a</sup> Francisca Caballer es uno de los más firmes puntales de nuestra anquilosada zarzuela. No ha mucho recibía, formando pareja artística con Esteban Astarloa, el preciado galardón «Félix Antonio González», concedido a aquellos que hubieran dado la representación más brillante (en el más amplio sentido de la palabra) de la ópera «Marina» durante el pasado año.

Paquita Caballer nos recibe abrazada a su inseparable «Cucuchi», un simpatiquísimo tigre de trapo. En su camerino abundan los muñecos y los populares personajillos de las películas de dibujos animados.

—Me gustan muchísimo los animales —me dice— y para consolarme, llevo siempre conmigo esta colección de trapo, que dan menos guerra que los de carne y hueso.

Mi anfitriona subraya sus palabras con un simpático gesto. La señorita Caballer es muy joven, muy guapa, de espléndida figura. Sus ojos verdes, de un tamaño excepcional, me miran con toda simpatía, como invitándome al diálogo.

—¿Posee usted un magnífico carácter, no? —inquiero.

—Regular— asegura con todo convencimiento—. Tengo días. Creo que usted ha llegado con suerte. Hoy me siento comunicativa.

—Pues procuraré aprovechar la ocasión (Paquita se rie). Empezaremos por una cosa facilita.

—¿...?

—¿El apellido Caballer es español?

—Valenciano. Y en Valencia nací yo.

—¿La han oído cantar en su tierra?

—Una sola vez. El día de mi debut artístico, Canté «Doña Francisquita» en la plaza de toros nada menos. Tuve unos nervios terribles, que transmití a mi familia, pues a última hora me entró un pánico atroz.

—¿Y que ocurrió?

—Pues nada digno de mención. Salí ante el público, como era mi obligación y mi propia voz me tranquilizó. La ovación que estalló al final de la actuación corroboró mi opinión de que no lo estaba haciendo del todo mal.

—¿Cómo descubrió su voz?

—Cantando flamenco. Imitava a Angelillo. Toda la familia disfrutaba con esta facultad mía; pero pronto mi madre se dió cuenta de que algo latía en mi y me puso a estudiar. Tenía yo entonces la importante edad de doce años.

—¿Hay antecedentes musicales en sus as-

cendientes?

—Mi padre fué director de orquesta y compositor y, por parte de madre, soy sobrina carnal de Conchita Gil.

—¿Alguno de sus maestros ha influido notablemente en su formación?

—Yo soy obra de Enrique Marí, a quien nunca agradeceré bastante todo lo que ha hecho por mi.

—¿Cantó ópera?

—También. Recuerdo mi versión de «Rigoletto» en Tánger y Córdoba. Fueron noches memorables.

—¿Trabajaría para el cine?

—Siempre que pudiera cantar, desde luego. El cine es magnífico, para todo artista, por la propaganda. Por medio de él es factible llegar a lugares prácticamente imposibles para el teatro.

—¿Disfruta con sus «roles» de actriz?

—En absoluto. Me preocupa de tal manera la voz, que el papel hablado estoy deseando concluirlo.

—¿Prefiere las obras de ambiente actual o las de época?

—Mejor las de época, pues me encanta disfrazarme.

—¿Para la calle que prendas prefiere?

—Los vestidos muy sencillos y prácticos y los zapatos muy cómodos. En verdad, soy muy poco caprichosa —continua Paquita Caballer—. Mi máxima preocupación es mi voz. Todo lo supedito a ella. Creame que es una vida de mucho sacrificio.

—¿Cambiará algún día su arte por el hogar?

—Tendré que cambiarlo, si Dios no lo remedia.

—¿Pronto?

—Eso parece.

—¿Y no podría hacer compatible ambas actividades?

—Mi prometido se opone a que siga en el teatro y yo en mi fuero interno le doy la razón; aunque me duela hondamente dejar a mi público.

—¿Qué le gusta para distraerse?— preguntamos para terminar.

—Toda clase de música, si no es excesivamente mala. También me divierte «escucharme» al piano y ensimismarme con mis versos amorosos. ¡Ah! y sobre todo el fútbol, mejor dicho las quinielas. Me encantan los juegos de azar.

—El amor también es una lotería.

**Florencia M. Ortiz**